# Lingotes en la niebla

María de Valles

*Lingotes en la niebla*
© María de Valles, 2026
Primera edición: 2026

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de la autora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (artículos 270 y siguientes del Código Penal).

Esta es una obra de ficción. Aunque se inspira en hechos históricos ocurridos en la estación internacional de Canfranc durante la Segunda Guerra Mundial, salvo las figuras históricas que se citan, los personajes y sus circunstancias son producto de la imaginación de la autora.

# Prólogo

*El edificio más grande del mundo*
*en el lugar más pequeño*

— * —

La noticia salió un martes de agosto de 2001, en una columna estrecha del periódico, encajada entre un incendio en Teruel y la subida del pan. La leí en el bar de abajo de casa, mientras se me enfriaba el café. Contaba que un conductor de autobús, de los que hacen la línea de Oloron, había encontrado por casualidad un montón de papeles tirados por el suelo de la estación abandonada de Canfranc. Eran documentos de la aduana de los años de la guerra. Hablaban de oro. De toneladas de oro.

Doblé el periódico, pagué y subí a casa. Me senté en el sillón con él en las rodillas, y allí seguía cuando se hizo de noche y mi mujer encendió la luz y me preguntó si me pasaba algo.

—Es Canfranc —le dije, como si con eso estuviera todo dicho.

Ella sabía que me había criado allí, y sabía lo de las cartas de mi tío, que habíamos encontrado diez años antes en una lata de galletas, pero poco más. En cuarenta años de matrimonio apenas le había hablado de aquella época, y no por esconderle nada, sino porque no sabía qué contarle. Tenía un puñado de recuerdos sueltos, un hombre con un cigarro apagado, una mujer apretando a un crío dormido, un andén vacío una mañana de enero. Tenía también unas cuantas fotocopias de archivo que había ido juntando con los años. Lo que no tenía era una historia que lo atara todo.

Así que dos meses después cogí el autobús en Zaragoza y me volví para arriba.

Llegué una tarde de octubre con una bolsa pequeña y el abrigo desabrochado, porque se me había olvidado cómo pica el frío del Pirineo en otoño. Es un frío que no viene del aire. Baja de las cumbres, se te mete por los hombros y, cuando quieres darte cuenta, ya lo llevas dentro.

El autobús me dejó en la carretera y eché a andar por la calle principal. Al doblar la última curva, allí estaba.

La estación aparece siempre así, de golpe, sin avisar, con la mala educación de los edificios que son demasiado grandes para el sitio donde los han puesto. Doscientos cuarenta metros de fachada, trescientas sesenta y cinco ventanas y dos torres, todo metido en un valle tan estrecho que en enero el sol no toca el suelo hasta pasadas las diez y se marcha antes de las tres.

Pero aquella tarde la vi como no la había visto nunca, muerta. Media fachada tenía los cristales rotos y la otra media, tablones clavados. La habían rodeado con una valla metálica y un cartel de peligro de derrumbe, las palomas entraban y salían por las ventanas del primer piso como si el edificio fuera suyo, y en una pared del vestíbulo alguien había pintado con *spray* un corazón con dos nombres dentro.

Me quedé plantado en mitad de la calle. No decidí pararme, se me pararon las piernas solas. Aquello no tenía nada de nostalgia, porque la nostalgia es dulce y aquello no lo era. Se parecía más a un mareo, a cuando vas a bajar un escalón que creías que estaba ahí y no está.

Pasó por mi lado un hombre mayor con la barra de pan debajo del brazo y ni siquiera miró la estación. Es lo que pasa cuando vives al lado de algo enorme, que acabas por no verlo, igual que dejas de ver el reloj de la cocina. Pensé que yo también había sido ese hombre durante muchos años.

Me senté en un banco frente a la fachada y saqué el cuaderno, pero no escribí nada. Pensaba en el conductor del autobús. Me lo imaginaba colándose por una puerta forzada, a lo mejor buscando un rincón para orinar o por simple curiosidad, y encontrándose el suelo alfombrado de papeles amarillos, pisoteados por las palomas. Albaranes, hojas de aduana con sus sellos, nombres de bancos suizos, cifras. Llevaban allí desde que cerraron la línea en 1970, treinta años largos a trescientos pasos de la ventana de mi cuarto y de los sitios donde yo jugaba de crío. Nadie los había quemado ni escondido. Sencillamente, nadie se había agachado a recogerlos.

Y me acordé de la pregunta que me hice a los seis años, de la mano de alguien, mientras la lluvia resbalaba por el tejado de cristal de los andenes. ¿Y esto qué hace aquí? Era la pregunta buena. Lo que pasa es que he tardado sesenta años en darme cuenta de hasta qué punto lo era.

Conviene que lo diga desde el principio, no soy historiador. No tengo estudios de historia y no quiero que nadie lea este libro creyendo que los tengo. Me crié en aquel valle hasta los catorce años y me dormía con el ruido de los trenes, igual que los hijos de los pescadores se duermen con el del mar. Muchos años después me entraron unas ganas tremendas, de esas que casi duelen, de saber qué llevaban aquellos trenes mientras yo dormía.

Lo que yo puedo contar es lo que vio un crío. Un crío que no tenía palabras para lo que veía, pero que tenía buenos ojos, porque los niños se fijan justo en lo que los mayores creen tener bien escondido y lo guardan, sin entenderlo, en algún rincón de la cabeza durante años. Y puedo contar lo que ese crío fue encontrando ya de mayor, en archivos, en libros y en casa de dos ancianos que aceptaron hablar conmigo cuando ya no quedaba casi nadie vivo que pudiera hacerlo.

Ese es el trato que te propongo. Yo pongo las dos cosas, los recuerdos del niño, tal cual, con sus agujeros, y lo que el hombre fue sabiendo después. Ninguna de las dos es la verdad entera, pero juntas se le acercan bastante.

Cuando me levanté del banco ya era de noche. La estación era un bulto gris contra la montaña, sin una sola ventana encendida. De niño la había visto de noche cientos de veces y siempre quedaba alguna luz, la del despacho del jefe de estación, la de la cantina, la de la aduana francesa o el farol verde de algún guardagujas. Aquella noche no había ninguna. Solo se oía el río.

Los críos de mi tiempo decíamos que era el edificio más grande del mundo en el sitio más pequeño. No sabíamos si exagerábamos, ni nos importaba. Hoy pienso que aquel disparate de tamaño fue el primer aviso de que en Canfranc las cosas nunca eran del todo lo que parecían.

Volví a la fonda donde había cogido habitación. La dueña, una chica joven con acento de Jaca, me preguntó si venía por lo del oro.

—Este verano ha subido mucha gente —me dijo—. Periodistas, y hasta uno de la tele francesa.

—Yo es que nací aquí —le contesté.

Me miró de otra manera y me dio la llave sin preguntar más. Esa noche, en la habitación, abrí el cuaderno y escribí la primera frase de este libro. La he cambiado muchas veces desde entonces, pero la pregunta sigue siendo la misma.